

En *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*. Buenos Aires (Argentina): Biblos.

¿Qué hacer con los quehaceres? Las razones domésticas del cambio familiar.

Cepeda, Agustina; Rustoyburu, Cecilia.

Cita:

Cepeda, Agustina; Rustoyburu, Cecilia (2006). *¿Qué hacer con los quehaceres? Las razones domésticas del cambio familiar*. En *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*. Buenos Aires (Argentina): Biblos.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/cecilia.rustoyburu/61>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/p4zr/myf>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. *Acta Académica* fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

¿QUÉ HACER CON LOS QUEHACERES ?

LAS RAZONES DOMÉSTICAS DEL CAMBIO FAMILIAR

Cepeda, Agustina

Rustoyburu, Cecilia

Introducción

La forma en que cada hogar satisface sus necesidades, organiza sus tareas domésticas y resuelve los quehaceres diarios constituye una ventana que nos permite indagar en un primer nivel acerca de la división social del trabajo familiar, sobre la forma en que los hombres y mujeres deciden su cotidianeidad para “vivir en familia”. Pero, tal como lo menciona Jelín (1998), junto a la distribución de roles de género, la realización de las actividades domésticas permite también la producción y el consumo de distintos bienes tanto materiales, como simbólicos y afectivos. Por otro lado, este ámbito interior, el espacio ‘privado’ de la familia, es resultado también de una serie de lógicas constitutivas externas al ámbito doméstico. Entonces, la conformación del “modelo familiar tradicional”, que comprende una fuerte división sexual del trabajo (Ariés; 1991), según la cual la madre-esposa asume la totalidad de las tareas domésticas (Flandrin; 1979) y que resulta de la idea de que ciertos atributos son específicos para cada género (Scott y Kelly; 1984) responde en parte a los procesos de consolidación de la modernidad.

Sin embargo, al considerar este vínculo entre lo familiar y los “macro procesos sociales” es fundamental tener en cuenta, a la vez, la cuestión del cambio social y que estos procesos tampoco operan en un sentido unidireccional. En el interior de una cultura, un cambio en las condiciones materiales o de la organización política puede bastar para modificar la manera de concebir y distribuir tal o cual tipo de labores cotidianas, del mismo modo que puede transformarse la jerarquía de los diferentes trabajos. Pero, en un sentido inverso, las biografías de los sujetos también pueden, en el marco de la cotidianeidad, alterar el ritmo de las costumbres y de las prácticas más ordinarias, cuestionando tradiciones y modelos impuestos. El espacio de las prácticas cotidianas tiene, por eso, un margen de autonomía y creatividad que muchas veces es desvalorizado socialmente (en el caso de la cotidianeidad familiar, por su vinculación con las tareas reproductivas) y también en ciertas concepciones clásicas vigentes en el mundo académico (Giar; 1994).

En este sentido puede decirse que atravesamos una época particular, en la que los tradicionales modelos familiares de la modernidad están sufriendo transformaciones significativas producto de los cambios que trae aparejada la ‘modernidad – reflexiva’. Particularmente,

ingresamos a una ‘sociedad en riesgo’ en la que –como veremos luego– se vuelve a eliminar la posible red de seguridad que proporcionaban las regulaciones y los compromisos normalizados de estabilidad del factor trabajo y del entramado de servicios asociados a los salarios diferidos y sociales del Estado de bienestar. Este proceso ha generado transformaciones en las trayectorias biográficas de los sujetos y estos, a su vez, van reelaborando sus prácticas de cambio y persistencia de las antiguas tradiciones. Este contexto genera un mundo de múltiples experiencias diarias donde la esfera de la vida íntima y privada cuestiona y resiste los mandatos familiares de la era moderna. Sin embargo, al mismo tiempo, se convive con un mundo de representaciones sociales, un universo de ideas que puebla el imaginario social, que a veces extraña y evoca la “ideología familiar” de mejores tiempos pasados.

Teniendo en cuenta esta imbricación entre cotidianidad y sociedad en riesgo, y entre continuidad y cambio, hemos elegido una estrategia de investigación que permite la recuperación de la experiencia del sujeto, a través del relato de sus experiencias e historias de vida. Las fuentes testimoniales (tanto orales como textuales) permiten poner en cuestión la idea de que existan modelos únicos de organización de la vida privada, mostrando que existen en realidad procesos de construcción social mediante los cuales los sujetos ordenan su universo cotidiano. Los casos analizados contradicen la idea de un imaginario social uniforme con un único modelo de organización de las prácticas y tareas cotidianas. Estas variaciones y contradicciones están dadas o por la dificultad intrafamiliar de resolver sus necesidades materiales con esa configuración de los “roles sexuales”, o por una representación divergente del género. Es decir, mujeres que quieren salir de la calificación de “amas de casa”.

Más concreto, nuestra investigación nos permite sugerir que la división sexual del trabajo es puesta en tela de juicio, mayormente, cuando las familias no pueden subsistir económicamente a través de una representación genérica. Lo que no quiere decir que estas familias con madres y esposas trabajadoras no continúen pensando las responsabilidades del hogar en función del género. En otros casos, el modelo es impugnado por la lucha de algunos de los miembros de la familia por establecer relaciones más simétricas en la división de las tareas para la reproducción del hogar y el cuidado de los niños. En este sentido, además de los reclamos de los miembros femeninos, existe toda una serie de representaciones sociales que se construyen en torno de nuevos tópicos que alteran la rígida configuración de los roles familiares: por ejemplo, los discursos sobre la paternidad comprometida (Marsiglio; 1993-1995, Blood y Wolfe; 1960, para nuestro país Wainerman; 2002). Así, el colapso del modelo del “buen proveedor” (Bernard; 1987) y la incorporación masiva de las mujeres en el mundo laboral son parte de los procesos que explican las mutaciones de la organización doméstica. Sin embargo, también encontramos que en algunos testimonios los entrevistados se autorepresentan la familiar nuclear como modelo de organización de la vida familiar, añorando la posibilidad de su concreción.

¿La división sexual del trabajo en crisis?

En los últimos años las Ciencias Sociales han apelado a la capacidad explicativa del concepto de *riesgo*, aportando una mirada problematizadora. La sociología europea lo ha tomado como herramienta analítica para explicar los desajustes institucionales en las sociedades occidentales post-industriales. No exento de críticas, rescatamos estos aportes efectuados en razón de valorar al riesgo como una cuestión eminentemente social.

Abordando esta cuestión, Beck (1996) identifica dos nociones del concepto que en el transcurso de la modernidad van a negarse mutuamente. En un primer momento, la producción de riesgo está legitimada en tanto efecto y resto de un dominio racional. Luego, esa legitimidad es quebrada cuando los peligros desbordan a los mecanismos institucionales para contenerlos, cuando se tornan incontrolables. Aquí, en esta segunda fase, se desliza el cambio de un tipo de modernidad a otro. Surge la *modernización reflexiva* (Beck; 1996) en el devenir de la época industrial hasta la auto confrontación con los efectos colaterales latentes que cuestionan sus fundamentos. Este proceso construye el contorno de la sociedad de riesgo que se origina “*allí donde los sistemas de normas sociales fracasan en relación a la seguridad prometida ante los peligros desatados por la toma de decisiones*” (Beck; 1996).

Nuestra intención es utilizar este concepto reformulando algunos aspectos en función de encontrar otros caminos teóricos. No pretendemos encuadrar al riesgo como la contracara de la seguridad institucional que la sociedad industrial pretendió imponer. No pensamos que la sociedad de riesgo pueda ser sólo un efecto no deseado, algo que salió mal en la soberbia de volver controlable la vida humana. Tampoco justificamos la desintegración del tejido social ante la pretendida liberación de los individuos del ‘enjaulamiento’ institucional.

Proponemos abordar la complejidad del problema de otra manera. El hecho que desborden nuestros sistemas de seguridad parece corresponderse con el abandono de ciertas prácticas de cohesión social. La forma en que mutó el Estado no parece ser compatible con la tarea de institucionalizar el riesgo social. Por esto preferimos hablar, para nuestros contextos, de la emergencia de una *sociedad en riesgo*. De aquí, el hecho de que los procesos de individualización se traduzcan en esta sociedad como deterioro de sentido colectivo.

El Estado, en su versión benefactora, tuvo su razón de ser como sistema de integración y redistribución de riesgos. En tal ejercicio ofició de árbitro entre capital y trabajo, consagrando a este último como forma esencial de identidad y socialización. La insuficiencia del mercado para distribuir recursos, así como sus falencias en la generación de lazos sociales, fueron objeto de acción del arbitraje.

En la sociedad en riesgo las cosas cambian. Las políticas neoliberales arremetieron contra las estructuras que el Estado de Bienestar había concebido; entonces prioriza en sus acciones criterios empresariales, antes que generadores de normas tendientes a la integración. La creciente concentración del ingreso en un reducido sector de la población y el deterioro de las condiciones de estabilidad que brindaba el trabajo desplazan día a día a mayor cantidad de gente

a la exclusión. El hecho que no exista una red de contención pública y que el mercado quede siempre minúsculo para resolver necesidades nos motiva a vaticinar un momento en que se renuncia a institucionalizar el conflicto social, entendido esto como al abandono de técnicas sociales de redistribución de riesgos.

El proceso de reinstalación de la sociedad en riesgo ha transformado la razón doméstica. En otros trabajos, nos hemos referido al concepto “razón doméstica” como el conjunto de lógicas concurrentes que hacen al funcionamiento de la familia en una sociedad particular (Pograma de Estudios sobre Población y Trabajo, 2001). Sin embargo, la razón doméstica no se define como la suma de estas lógicas constitutivas que provienen de diversos ámbitos de lo social (las relaciones sociales de producción y reproducción, el vínculo Estado-familia, las diversas ideologías sobre la misma, etc.), sino que aquí el resultado es más que la suma de las partes. Es un plus que tiene que ver con lo que Bourdieu denominó “espíritu de familia” (Bourdieu, 1997). Éste no es otra cosa que un hábitus propio de la institución familiar¹, que hace referencia a una esfera intersubjetiva, que se vive como objetiva, por la que cada integrante de la familia se reconoce dentro de ella, otorgándole una identidad trascendente -que trasciende a cada sujeto- y que permite que la familia funcione como tal, se mantenga unida como estructura y se reproduzca dentro del contexto mayor de reproducción social².

Por lo tanto, la razón doméstica encierra tanto la realidad social (objetiva) en la cual está inserta la familia, como la realidad interindividual (subjetiva) que le otorga una cualidad ontológica trascendente a la familia. No obstante, es preciso aclarar que no debemos interpretar este esbozo teórico dentro del paradigma funcionalista, porque si bien la familia no es un ente aislado, y en consecuencia cumple funciones vinculadas con lo social, esto no implica en absoluto un esquema homeostático y armónico sino una estabilidad inestable, un equilibrio conflictivo que puede devenir en cambio social. Es en este último sentido que Bourdieu hablaba de la familia ya no sólo como cuerpo (hábitus) sino también como campo, en donde existen relaciones de poder derivadas de la composición diferencial del capital (económico, social, cultural y simbólico) de cada integrante familiar, que los colocan en diferentes posicionamientos dentro de dicho campo, y que pueden generar tanto la consecución como el quiebre del espíritu de familia.

Reconocemos el grado de ambición teórica de nuestra definición que pretende erigirse en un esquema interpretativo a la vez integral y dinámico. Su finalidad es articular las diversas realidades sociales con las que se vincula la familia en un contexto histórico dado. Esto sin dejar

¹ Un intento similar de adaptar al estudio de la familia ciertos presupuestos teóricos de Bourdieu, lo ha hecho S. Torrado (2003) por medio del concepto de *estrategias familiares de vida*. Sin embargo, su aplicación concreta no explota el potencial “subjetivista” que brinda la teoría de Bourdieu, ya que toda la información es de índole estructural, “objetivista, es decir, no se tiene en cuenta las opiniones o representaciones de los agentes, que también son parte de la realidad.”

² En la modernidad, es legítimo decir que el espíritu de familia se corresponde con los afectos. Los diversos mandatos de amor conyugal, fraternal, maternal y filial, son los que dan sentido a su existencia y permiten que funcione como unidad. Sin embargo, este espíritu familiar no es ahistórico, pues en sociedades tradicionales podemos afirmar que el mismo estaba menos ligado con una carga sentimentalista que con mandatos económicos que proveían de relaciones familiares de otro tipo (vínculos de deferencia más que de amor explicaba L. Stone).

de lado la forma en que dicha articulación se lleva a cabo y se internaliza para el conjunto de los integrantes familiares, por lo cual se incluyen las prácticas y representaciones de las mismas.

Con estos fundamentos se determinaron algunos criterios para realizar la encuesta con la que llevamos adelante el estudio en Mar del Plata. Dicha encuesta se realizó de acuerdo a la modalidad autogestionada, se distribuyeron 450 formularios, nos fueron devueltos 380, luego de depurarlos nos han quedado 313 encuestas. Un argumento dominante sobre el origen del cambio familiar tiene que ver con la reinstalación de la sociedad en riesgo. De allí que un eje central de la encuesta apunte al deterioro de las condiciones laborales a fin de analizar su impacto en la familia. Esta cuestión es indisociable de las atribuciones estatales y a ello también apuntamos para observar la posibilidad de nuevas prácticas familiares devenidas de la crisis de un “Estado Providencia.”

Teniendo en cuenta que sería lógico (aunque no seguro) encontrar cambios en las relaciones de reproducción, es decir en las formas de organizar lo doméstico, seleccionamos una serie de preguntas dirigidas hacia dicha cuestión. Por ejemplo: quiénes realizan las tareas domésticas habitualmente, quiénes cuidan a los niños, qué rol juegan los ancianos, qué vínculos ligan a los migrantes con la realidad familiar, entre otras.

También realizamos algunas preguntas para percibir las representaciones internas sobre la familia, es decir cómo se autorepresentan los sujetos: a quiénes consideran parte de su familia (parientes y/o no parientes), a qué clase social creen que pertenece la misma, etc.

El conjunto de estos incisos fueron organizados diacrónicamente para poder dar cuenta de la posibilidad de un cambio, que era un presupuesto teórico previo al análisis empírico. Es decir que se dividieron las preguntas en dos horizontes temporales que intentan contrastar realidades posiblemente distintas. Estas dos etapas están separadas por un punto de ruptura que es el año 1996.

Para poder profundizar en las percepciones de los sujetos familiares, llevamos a cabo una serie de entrevistas a un amplio espectro de individuos y parejas, treinta en total. Los encuentros se realizaron en los hogares de los entrevistados. Implementamos un tipo de entrevista semi estructurada de modo tal que luego nos permitiese realizar comparaciones o puestas en común. Algunos de los temas habitualmente interrogados eran coincidentes con los incisos de la encuesta para facilitar un entramado informativo. Nuestra muestra es heterogénea, fue seleccionada en función de la condición familiar y no de su edad. En un muestreo de carácter exploratorio seleccionamos a treinta mujeres y diez hombres que formaran parte de hogares con distintas estructuras: nucleares completos, monoparentales, multinucleares, “ensamblados” y unipersonales.

Compartimos uno de los desafíos epistemológicos actuales dentro de las ciencias sociales en relación a las estrategias de investigación que es aquel que se propone conjugar el análisis estructural de la sociedad y las transformaciones que se producen en este orden, con el análisis del mundo de las representaciones simbólicas e intersubjetivas de los sujetos y su accionar en

relación con los procesos de cambio social. Interesantes discusiones dentro del campo intelectual se han centrado, en los últimos años, en el problema metodológico que tiene la investigación social para dar cuenta de la experiencia, la identidad y el cosmos de representaciones del sujeto como actor social³. Para esta ocasión, nos interesa un aspecto de esta emergencia analítica: el interés de rescatar la experiencia social e individual del sujeto para comprenderlo como parte activa y constitutiva en la agencia del cambio, en nuestro caso el advenimiento de la *sociedad en riesgo*.

En nuestro escenario la “sociedad de las seguridades” es reemplaza por la del *riesgo social*.⁴ Sociedades en riesgo y modernidad de riesgo se cruzan y explican la multiplicidad de esquemas familiares que obligan a repensar el sentido de lo válido y universal para la organización de la vida privada. Los lazos familiares no desaparecen como forma de organización social, cambian sus formas.

Entre la socialización en géneros y la revolución en la cocina: ¿Qué hacer con los quehaceres?

En este apartado intentaremos analizar, a partir de nuestros datos, las percepciones que los individuos tienen sobre sus propios procesos de socialización familiar⁵ y la división sexual y etaria del trabajo que se dan al interior del Hogar. Así, nuestra intención es vincular el impacto de la ideología familiar en las representaciones y prácticas que tienen los sujetos a la hora de organizar su espacio doméstico. Es decir, indagar acerca de qué piensan y cómo resuelven prácticamente las cuestiones cotidianas que plantean interrogantes como: ¿Quién realiza las tareas domésticas en el hogar y por qué? ¿Qué impronta tuvo la inserción laboral de las mujeres en la distribución de los quehaceres domésticos? ¿Qué miembros de la familia tuvieron mayor oportunidad en las relaciones con “el mundo público” de acuerdo a las decisiones familiares? ¿Cuál ha sido la influencia del modelo familiar occidental en la posibilidad de transformar las prácticas domésticas?

³ Ver: Touraine y F. Khosrokhavar; 2002. Bourdieu, 1999; Zizek, 2001; Arfuch, 2002; Sautu, 1999; De Ipola, 2001, entre otros.

⁴ Nuestra base de datos nos permite visualizar un claro deterioro en la condición salarial entre los horizontes de análisis que fijamos. Las condiciones laborales de los encuestados difieren del año 2002 a 1996. Mientras que en el año cercano el 69,55% manifestó tener condiciones estables, para el año 1996 lo fue el 81,05%. Los que declararon condiciones laborales inestables en 1996 comprendieron el 7,63%, contrastando con el 15,13% que hicieron lo propio en el año 2002.

Reforzando estas tendencias, podemos observar que el porcentaje de personas que consideraron trabajar en buenas condiciones disminuyó un 13% desde 1996 al año 2002 (83,94% y 70,33%). En el mismo periodo es llamativo el aumento de personas que se consideraron en condiciones precarias de trabajo, la tasa pasó de 6,58% a 11,79%.

Estas cifras, tal vez más cercanas a la esfera de las percepciones que a lo estructural, no resultan alarmantes en comparación con otros indicios como los ingresos. En este sentido, es destacable la disminución del porcentaje de personas que declararon que sus ingresos eran mayores a \$1500 y también de los percibían entre \$500 y \$1500. No obstante el cambio más significativo estuvo entre los que ganaban menos de \$500, que aumentaron de 28,95% en 1996 a 43,42% en 2002.

⁵ No entendemos los procesos de socialización primaria como un acople a los moldes preestablecidos que la sociedad tiene preparados para las nuevas generaciones, sino en el sentido rescatado por A. Giddens. En el curso de la socialización cada sujeto desarrolla un sentido de la identidad propio.

Una primera cuestión que estaría indicando una tendencia al cambio, es que en la distribución de las tareas domésticas dentro del hogar aparece una cierta diversificación. Independientemente de la ocupación de las esposas del jefe de hogar, hemos registrado que varios miembros de la familia se ocupan de estas actividades. Las tareas domésticas que fueron consideradas en la realización de la encuesta son: limpiar, lavar, cocinar, planchar y hacer las compras. Si tomamos cada actividad por separado y consideramos la participación por género, obtenemos una clara mayoría de mujeres. Dentro de este grupo, la principal trabajadora doméstica es la esposa del jefe de hogar (casi un 50%). Un dato significativo es que tanto en 1996 como en 2002 la participación de las mujeres en las compras es menor en comparación con las otras tareas que realizan. Por otro lado, también se observa que la tarea más realizada por los hombres (jefe de hogar) es hacer las compras (ver cuadro 1).

Cuadro 1

Tarea	1996	2002
Limpiar	65,3%	65,7%
Lavar	69,2%	70,8%
Planchar	66,3%	69,2%
Cocinar	61,7%	64,1%
Compras	51,7%	46,2%

Si reducimos nuestro universo de análisis y sólo consideramos los casos en que todas las tareas del hogar son realizadas por la misma persona, hacia el año 2002 disminuye la cantidad de casos que responden a esta práctica (de un 53,2% en 1996 a un 38,3% en 2002). Esto último nos permitiría afirmar que se produjo una cierta diversificación de los quehaceres domésticos, lo cual también se vería reforzado por el aumento que se observa entre 1996 y 2002 en el ítem “todos los miembros del hogar”: de un 5% a un 15% aproximadamente.

Entonces, esta primera aproximación por datos estadísticos indica que existe un incipiente cambio en la distribución de las tareas domésticas que se hace paulatinamente más equitativa entre los miembros de la familia. La exploración mediante técnicas cualitativas nos permite vislumbrar ese universo complejo y conflictivo de representaciones y prácticas cotidianas que pueden explicar dicho proceso de cambio. Podemos así ver una suerte de tipología que se extiende de grupos familiares más aferrados al orden tradicional a aquellos que asumen los cambios con mayor velocidad y naturalidad.

En un primer grupo de entrevistas encontramos todavía una fuerte presencia de la *ideología familiarista*, anclada en un modelo tradicional en el cual las mujeres ocupan un lugar marginal en las relaciones con el mundo público. La persistencia de este modelo puede atribuirse a una profunda socialización de género, radicada, por ejemplo, en que durante mucho tiempo la mujeres debían cursar economía doméstica, como una asignatura que formaba sus saberes en un campo específico: el mantenimiento y la administración del hogar (Liernur; 1997). Así, la construcción social de los géneros se reforzaba por medio de las instituciones modernas: en este

caso la escuela. En los grupos familiares constituidos en torno a este modelo, encontramos frecuentemente dificultades de las mujeres para vincularse con las “actividades públicas”.

Las mujeres entrevistadas entre 40 y 67 años (todas amas de casa o jubiladas) señalaron que tuvieron dificultad para estudiar y profesionalizarse, y para desarrollar actividades recreativas y para construir espacios de sociabilidad fuera de su casa. Todas las comunicaciones con el mundo público estaban mediatizadas por un agente masculino. El mandato familiar que describen era aquel que ordenaba al mundo doméstico en ‘torno de las polleras’. Cuando la historia familiar lo requería ingresaban al mundo del trabajo, transitoriamente, hasta que se recompusiera la situación económica. Toda su formación y todo su campo de saberes giraba en torno a la administración del hogar y el cuidado de los niños. Esta es una herencia que ellas transmiten a sus hijas mujeres, reconociendo que son ellas las depositarias de estos conocimientos domésticos que no deben abandonarse a pesar de ocupar espacios en el mundo del trabajo.

Entre estos casos podemos mencionar a Mirtha, tiene 55 años, es viuda, está en pareja pero es jefa de un hogar monoparental y es empleada doméstica. Ella nos narra su infancia con un esquema familiar de fuerte segregación de géneros y percibe cómo ella misma “repitió la historia” en su propia familia. Mostrando las usuales tensiones entre tradición y cambio, le generan contradicciones las elecciones que fue realizando su única hija mujer: Por un lado, Mirtha apoyó su decisión de estudiar una carrera y profesionalizarse, pero por otro lado, tenía conflictos con su hija por el desprecio que esta hacía de “los quehaceres domésticos”.

El peso de estas tradiciones es tal que incluso en el caso de familias cuyos integrantes reconocen la arbitrariedad de la distribución de las funciones de género se vuelve difícil alterar en la práctica los roles tradicionales. Es el caso de un matrimonio de profesionales universitarios, Aníbal de 51 años y Eleonora de 52, casados hace 18 años y que actualmente conviven con sus dos hijas. Ambos reconocían la estrecha relación entre las costumbres heredadas de cada uno de los cónyuges en el modelo familiar de la infancia y la distribución asimétrica de los quehaceres domésticos en el interior de su propio hogar, a pesar de los intentos de una distribución más igualitaria:

Esposa: Lo que pasa es que hay un divorcio entre la teoría y la práctica. Teóricamente los dos sabemos que eso debería estar más equilibrado, pero luego no se aplica.

Entrevistador: ¿Tiene que ver con tus prácticas familiares paternas?

Marido: Sí, sin duda y también las de ella, porque en la casa de ella también fue así.

Esposa: Si, pero yo luché por el trabajo repartido entre los cuatro pero no hubo caso...

Marido: Las costumbres pudieron más que los discursos.

Entrevistador: ¿Quién se ocupaba de la educación y cuidado de los chicos?

Marido: Lo mismo, de todo lo doméstico la mamá.

Otro ejemplo del mismo tipo lo encontramos en Emilce, quien tiene 55 años es ama de casa, casada y con dos hijos. Ella define a su vida familiar en casa de sus padres como un *patriarcado*:

Emilce: Y yo, honestamente con mi mamá es como si no hubiese existido... Viste porque mi casa fue un patriarcado.(...) Pero mi papá no quiso que yo estudiara... el secundario. Y yo bueno, influenciada por mis primas lo quise hacer. Empecé 1º y 2º en el Mariano Moreno, pero no me gustaba estudiar. Y el no quería que yo saliera a trabajar afuera, y en esa época yo tenía 15 años. Entonces decidió poner una fábrica de tejidos, bah!, comprar una máquina y empezar... Y bueno, así me tenía adentro. Bueno, Julio (el hermano) hizo el secundario, él lo terminó.

Entrevistador: ¿O sea que a él lo dejaron y a vos no?

Emilce: No. Y a él lo dejaban salir y a mi no. A mi no me dejaba salir, yo no tuve adolescencia. Ir a bailar, no sé lo que es eso. Salí de casa para casarme.

Ahora, si la pertenencia generacional de las entrevistadas anteriores sugiere que la persistencia de los roles tradicionales es una cuestión etérea, el caso siguiente relativiza un tanto esa cuestión. Más allá de las diferencias de edad, son muchos los entrevistados que relatan experiencias familiares en las cuales los mecanismos de socialización fueron marcadamente genéricos, específicamente en la vinculación de los miembros femeninos con el mundo público de la educación y el trabajo. Nerea una estudiante de 23 años, hija de un matrimonio con 10 hijos, nos cuenta como se ha socializado a las mujeres del hogar para asumir responsabilidades que los hombres del mismo no realizan; como el cuidado de un pariente enfermo. En este mismo caso, la entrevistada reconoce que sus padres establecieron (y establecen) códigos disímiles entre la socialización de los integrantes masculinos y femeninos:

No, él (el padre jefe de hogar) siempre fue chapado a la antigua Todo lo tenían que hacer las mujeres, entonces mis hermanos salieron así.(...). Todavía a los 23 años tengo que pedir permiso para un montón de cosas, como ir a dormir a la casa de mi novio, salir un fin de semana, muchas cosas. Y... cosas que por ahí mis hermanos no lo tienen que hacer y son más chicos que yo y aparte son hombres. Mis padres lo ven así: el tema de que ellos sean hombres, para ellos, le permiten más cosas que para la mujer. (...) Mis hermanos no piden permiso.

Como se ve, en este caso la causa de una socialización divergente queda justificada con el mito de los orígenes: 'es así, porque son varones'. Sin embargo, el tono crítico de nuestra entrevistada sugiere que la supuesta naturalidad de los roles de género no es tal, una situación que hemos encontrado en varios otros casos dentro del universo explorado. Una de las causas predominantes de esta transformación es la salida, a veces obligada, de las mujeres al mundo laboral. Este egreso del ámbito privado al público promueve una redistribución de tareas que en contradicción con los roles tradicionales de género produce conflictos y rupturas en los lazos familiares. Entre estos casos, podemos mencionar a Sandra. Ella tiene 30 años, es separada y es jefa de un hogar monoparental. Frente a la crisis económica su ex -marido quedó desempleado a los pocos meses de vida de su hijo. Sandra nos contaba las contradicciones que esta situación

generó en su 'idea de madre', mientras que su marido cuidaba de su hijo y de la casa, ella trabajaba:

Mi marido estaba con mi hijo, lo atendía él. Bueno, yo tampoco me sentía muy bien, decir por ahí que había cosas que yo no las tenía en práctica con mi hijo como, una pavada, pero era bañarlo, yo por ahí no sabía ni como agarrarlo. Teníamos los roles cambiados, él lo bañaba, le daba de comer, lo cambiaba, le hacía todo, y yo llegaba y lo único que hacía era darle la teta, nada más. Era como que el único tiempo que tenía era para darle la teta, nada más.

En algunos casos la ruptura de los vínculos matrimoniales produce la constitución de familias extendidas, que implican también una reconfiguración de los roles al interior de éstas. Por ejemplo, Silvia, una de nuestras entrevistadas, tiene treinta años, es separada, vive con sus padres y su hijo y trabaja como empleada administrativa. Nos cuenta que en su hogar, desde siempre 'las cosas fueron repartidas, porque todos quieren ayudar':

Entrevistadora: ¿Cómo se organizan las tareas domésticas? ¿Qué hace cada uno?

Silvia: Limpieza de la casa está repartido, la limpieza del piso y todo eso lo hace mi mamá. El tema de lavado de ropa lo hago yo, limpiar la cocina lo hago yo. Depende el tiempo que tenga cada uno.

Entrevistadora: ¿Los días de semana hace más tu mamá y vos menos?

Silvia: Exacto, seguro.

Entrevistadora: ¿Tu papá de que se ocupa?

Silvia: De toda la parte de parque.

Entrevistadora: ¿Y de hacer las compras?

Silvia: Normalmente mi papá cuando va a buscar al nene al jardín al mediodía de pasada hace las compras y trae todos los mandados hechos.

Entrevistadora: ¿Y de planchar?

Silvia: Cada uno se plancha, o sea mi mamá plancha la ropa de mi papá y yo la ropa mía y de mi hijo. La plancha es muy particular, por ahí a mi una rayita no me hace nada pero... uno quiere la raya del pantalón en un lado y el otro en otro. A mí gusta planchar, no me gusta lavar la ropa pero lo hago.

Sin embargo, no son siempre, o tan solo, las alteraciones de los roles de género forzadas por las condiciones económicas las que producen crisis en los vínculos familiares, a veces es más vale una ruptura con la ideología misma que subyace a esa distribución de roles lo que hace eclosión. Es el caso de María (una docente de 29 años, separada, que vive con sus padres, sus hermanos y su hija de 10 años) los límites del hogar la empujaron hacia otras fronteras, rompiendo así con una tradición familiar de mujeres 'amas de casa':

... O sea, para mí es muy importante saber que el piso que piso es mío y que el techo que tengo en la cabeza lo voy a seguir teniendo; y hay otras personas que no, (haciendo referencia a su marido)

que su futuro se limita a saber que llegan a fin de mes, total el primero vuelven a cobrar y su proyecto de futuro es hasta fin de mes. Bueno, con el tiempo esas son las cosas que se empezaron a encontrar, más allá que después que nace Lu, gracias a mi hermana que se lo he dicho más de una vez, y nunca voy a terminar de agradecerse, que me hinchó las pelotas hasta decir basta diciéndome que no podía ser que yo me anulara a mi misma de esa manera dedicándome a mi familia y nada más, que tenía que estudiar.

Pero no necesariamente la redistribución de los roles de género produce crisis. Esto sugiere que no hay que minimizar los vientos de cambio, la transformación de roles a veces parece ir acompañada de transformaciones en las representaciones. Liliana, tiene 41 años, es casada, vive con su esposo y sus dos hijos, nos ha contado cómo la inestabilidad del empleo de su marido ha promovido una transformación en la organización de su domesticidad, sin embargo en este caso esto no parece haber generado una crisis en los vínculos. Estos actores tuvieron más 'elasticidad' para aceptar la nueva distribución de tareas:

Entrevistador: ¿Cómo se organizan cotidianamente las tareas domésticas, el cuidado de los hijos...? ¿Tienen roles preestablecidos?

Liliana: En general en casa todos se hacen sus cosas, las camas, guardar la ropa, etc, y el que no lo hace es responsable de no hacerlo, y aguantar mis gritos (risas). Con respecto a Oscar justo ahora él no tiene trabajo, estable, porque de vez en cuando algo hace, pero esta situación hace que cuando yo trabajo él me ayuda a limpiar, a la noche cocina él, al mediodía dejo yo algo preparado.

Pero este caso está lejos de ser un episodio aislado o una cuestión estrictamente generacional. Sonia de 67 años, es viuda tiene dos hijos y dos nietos. Esta florista nos contaba la 'facilidad' con que su hijo Ariel asimiló la distribución de las tareas con su esposa. Para ella, esta práctica de su hijo se debe a que 'lo vivió en su casa desde chiquito'. El marido de Sonia colaboraba en los quehaceres de la casa y sabía hacer las cosas 'a la perfección':

... Colabora mucho en la casa, con la esposa, lo cambia al nene, los baña, si tiene que hacer la comida cuando ella está descompuesta, hace la comida, limpia, corta el césped. Se comparte y yo lo veo perfecto. Porque en mi caso yo lo tuve todo compartido. Y veo que Ariel (hijo de la entrevistada) sigue lo mismo. Estoy de acuerdo que el hombre tenga que colaborar en la casa.

Este caso agrega un énfasis interesante a este proceso de cambios en el imaginario social. Se pone en evidencia que no son solo las mujeres las que cuestionan la ideología familiarista tradicional, sino que por momentos también lo hacen los varones. Rodolfo tiene 50 años, es soltero y vive solo. Sus esquemas familiares y parte de sus representaciones sobre el *vivir en familia* reconocen e impugnan las tradiciones de la familia de su hermano:

... cuando nace mi sobrino mayor, mi cuñada disminuye su jornada laboral a mediodía, y luego cuando queda embarazada y nace la hija, toma la licencia por maternidad y nunca más vuelve a trabajar. Y creo que ella, (...) por ahí no hizo lo que quería hacer. Por cosas que dijo después en el futuro, ciertas...manifestaciones que ella hacía cuando los chicos no tenían que depender tanto de la madre, y ella aspiraba a hacer cosas (...). Por eso no sé si que es ella accedió porque lo pactaron o terminó siendo víctima de un régimen autoritario....repetiendo el modelo de mi padre. Pero en el caso de mi padre no fue tan impuesto porque mi madre tenía esa visión, coincidían, en ese aspecto. El modelo que tenía mi madre de mujer era ese: casarse, tener su hogar y dedicarse a su familia y a sus hijos. En ese aspecto no le fue impuesto

Lo que sugiere esta suerte de tipología, que solo pretende ser una aproximación simple y sucinta a la cuestión, es que conviven en el imaginario colectivo de nuestros informantes modelos rígidos de socialización de género (que suelen ser resistidos al menos por uno de los miembros de la familia o de la generación siguiente) con percepciones alternativas que aceptan más fácilmente el cambio. Conviven modelos que restringen los quehaceres domésticos a las mujeres, con varones que aceptan compartir, al menos, algunas tareas. Por ejemplo, es cada vez más común que padres y maridos colaboren con las compras en el hogar (tanto en 1996 como en 2002 en nuestra muestra la participación de las mujeres en las compras es menor en comparación con las otras tareas que realizan).

Estas tendencias coinciden en parte con la idea de una “revolución estancada” planteada por C. Wainerman (2002). La equidad lograda por las mujeres en el ámbito público no siempre ha sido completada en el privado: la mayoría de las tareas domésticas las realizan aún las mujeres de la familia. Sin embargo, Wainerman plantea una diferencia crucial que precisa el sentido en el que se van desarrollando los cambios al interior del hogar: la diferencia entre la ejecución de las tareas y la responsabilidad por su ejecución. Mientras que las mujeres siguen siendo, en última instancia, las responsables de la realización de las tareas, existe una mayor equidad en la ejecución de las mismas que queda progresivamente en manos de distintos miembros de la familia.

Este proceso de paulatina, o si se quiere embrionaria, distribución “democrática” de los quehaceres parece responder, según han planteado algunas investigaciones, a que a partir de la década del '60 las nociones en torno al ejercicio de la paternidad modifican la relación de los padres con las responsabilidades sobre los hijos (Wainerman: 2002). Se construye un discurso sobre ‘los padres afectivos y responsables’ que ha ido convirtiendo a los hombres en compañeros de las mujeres en el cuidado de los hijos. Nuestros datos nos permiten plantear que el cuidado de los niños que realizaban las esposas del Jefe de Hogar pasó de 57,7% en 1996 a 33,7% en 2002. Muchos de los encuestados definieron esta actividad como a cargo de ‘los padres’. Este porcentaje paso de un 12, 1% en 1996 a un 20,3% en el 2002. Es decir, que cada vez más los hombres participan del ritmo que impone la vida del hogar a través del cuidado de sus hijos.

Pareciera ser entonces que cada vez más familias distribuyen los quehaceres entre varios miembros del hogar, lo cuál habla de una práctica interesante en el proceso de construcción de las divisiones de sentido femeninas y masculinas. Existen cambios biográficos a veces como resultado de procesos externos (como el creciente desempleo masculino) y en otros casos autoproducidos como consecuencia de una reflexión sobre la experiencia de vida y de la socialización familiar. La exigencia de los distintos miembros familiares por acceder y construir un espacio doméstico sin segregación y jerarquización es una llave para pensar nuevas formas y experiencias del vivir en familia.

Las distintas formas de organizar la domesticidad y vivir lo cotidiano

¿Puede un espacio social que es pensado y vivido como rutinario y reproductor sembrar distintas formas de organización? Nuestra indagación indica que si bien el trabajo doméstico y las tareas reproductivas son necesarias e insoslayables, las maneras y medidas en que esas necesidades son satisfechas quedan delimitadas por los propios sujetos. Estos organizan su domesticidad de acuerdo al propio universo de representaciones, costumbres y valores. Así, cada tarea diaria está cargada de un significado social y afectivo que hacen que en el espacio familiar nos encontremos con un montón de formas de “vivir el espíritu de familia” (Bourdieu ; 1994).

Pese a esta hipótesis en mucha de la literatura no están claros los motivos que hacen relevante describir la forma en que los sujetos organizan sus labores cotidianas, en concreto no es obvio el sentido que tiene la indagación sobre la “cultura ordinaria”. Esta minimización de la cultura ordinaria proviene de la manera en que muchos autores perciben la relación entre el espacio público y el espacio familiar. Particularmente, algunas teorías del cambio social suponen que las transformaciones en el ámbito público determinan las transformaciones del ámbito privado (Grassi; 1998. Hareven; 1995). Por ejemplo, Heller (1977) reconoce que lo cotidiano esta determinado históricamente y que los sujetos que viven ese mundo ordinario están dominados por “valores personales” que no permiten trascender la domesticidad, como sí lo permiten actividades como el trabajo que condensan proyectos sociales de cambio o continuidad. Varios autores argumentan que la vida cotidiana tiene relación directa con la satisfacción de las necesidades básicas para que los hombres se reproduzcan y sobrevivan, y para que las estructuras sociales se desplieguen sin perder las configuraciones dominantes (Habermas; 1987).

En este contexto interpretativo es lógico que la cotidianeidad se haya reducido a las dinámicas propias del ámbito doméstico y que se le imponga una lógica instrumental en contraposición con otras esferas de la vida social. Estas interpretaciones conciben a la vida cotidiana como constituyente de lo social, pero con capacidades restringidas para participar en la formulación y realización de procesos de ruptura y cambio para el surgimiento de nuevas formas de organización. La extendida interpretación de la teoría de la modernización en las explicaciones sobre las transformaciones familiares (presente en las metodologías demográficas y

estructuralistas) implica sostener la unilinealidad del cambio, plantear la existencia de un modelo civilizatorio como horizonte final de la evolución de las sociedades.

Probablemente esta percepción provenga de haber aceptado, un tanto simplistamente, los supuestos subyacentes a la cultura occidental, en la que se constituyó un modelo de familia nuclear con los roles de los esposos bien delimitados, asociada al desarrollo de la primera modernidad o la fase de capitalismo industrial fordista (Beck; 2003:45). Así, la formación económica capitalista diseñó el espacio social revalorizando la esfera de la producción y el trabajo asalariado. Todo lo que quedara fuera de ésta, era desjerarquizado e infravalorado. Por eso, gran parte del pensamiento social acotó la comprensión de la cotidianeidad a la lógica de la “reproducción social” y con ella arrastró a entender el espacio familiar como un espacio esencialmente femenino y reproductivo (León; 1999). La división del espacio social y a su vez la distribución específica de tareas en función del sexo le otorgó a la familia una gran dosis de estabilidad generando la idea de un orden doméstico más o menos inmutable, o al menos irrelevante como agente de cambio. Esta clave interpretativa entiende a las mutaciones domésticas como producto de un comportamiento natural y evidente de los sujetos sociales resultado de un sistema de transformaciones estructurales mayores. El cambio social y familiar no es nunca producto de la contingencia de los actores sociales, por el contrario es producto del desarrollo de fuerzas latentes e internas de la sociedad.

Este esquema explicativo hace de la familia un modelo de organización de la vida privada universal y ahistórico, ordenador de un entramado social donde el espacio doméstico es definido en relación con las funciones que debe desarrollar en ese mismo tejido. A la luz de los datos relevados este esquema de interpretación no es suficiente. Para comprender procesos tan complejos, es necesario retomar las advertencias de De Certeau (1994) respecto a la capacidad creadora de la cultura ordinaria, y su vinculación con el conocimiento de lo singular. Consideramos que las teorías del cambio social deberían desarrollar más herramientas de análisis para comprender las dinámicas y singularidades del mundo cotidiano. Cada gesto y acción “de todos los días” es una síntesis de tiempos, espacios y experiencias familiares. El micro- mundo cotidiano puede ofrecer diversidad, resistencia y adaptación a los cánones instituidos en el imaginario familiarista.

En las narraciones de la cotidianeidad que expusimos, la contingencia y la reflexión sobre las prácticas son elementos que permiten vislumbrar la singularidad de las acciones que se tejen bajo los modelos sociales que invaden nuestras representaciones. Es cierto y no es nuevo que una socialización segregada impone distribuciones genéricas de los quehaceres en las familias. También parece un hecho evidente que siguen siendo las mujeres las responsables de las tareas del hogar. Sin embargo, nuestra indagación muestra que hay cada vez más indicios de la voluntad de romper con algunos ordenadores sociales. El espacio del hogar, de la casa, es un refugio para la familia, diversos miembros se sienten a gusto participando de aquellos quehaceres “históricamente femeninos”. Hay una tendencia a jerarquizar los “saberes ordinarios del hogar”.

Este giro en algunas prácticas, habla de familias distintas, de razones domésticas en lugar de modelos familiares impuestos.

Bibliografía

Anguiano de Campero, S. 1997. *“La familia desde la perspectiva de Pierre Bourdieu.”* En **Kairos**. Año 1. N°1.

Arfuch, L. 2002. **El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea**. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Ariès, P. 1996. *“La familia y la ciudad”* en **Ensayos de la memoria**. Bogotá Norma.

Ariès, P. y Duby, G. (comp). 1987. **Historia de la vida privada**. Madrid, Taurus, Tomo V.

Badinter, E. 1981 **¿Existe el Amor Maternal?** Colección Padre e Hijos, Paidós-Pomare, Barcelona,

Beck, U. 1996. **Teoría de la modernización reflexiva**. En: Jostexo Beriain (comp.). Las consecuencias perversas de la modernidad. Madrid. Anthropos.

Beck, U. y E Beck Gernsheim;. 2003. **La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas**. Barcelona. Paidós.

Béjar, H. 1995. **El ámbito íntimo**. Madrid. Alianza.

Bernard J. 1981. *“The good provinder role: its rise and fall”* en *American Psychologist*, 36.

Bourdieu P.; 1999. **La miseria del mundo**. Madrid, Fondo de Cultura Económica.

Bourdieu, P. 1997. *“El espíritu de la familia”* en **Razones Prácticas: Sobre la teoría de la acción**. Barcelona. Anagrama.

Butler, J.; 2001. **El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad**. México. Paidós.

De Certeau, M. 1996. **La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer**. México. Universidad. Iberoamericana.

De Ipola E.; 2001. **Metáforas de la política**. Rosario, Homo Sapiens,

Flandrin, J-L. 1979. **Orígenes de la familia moderna**. Barcelona Grijalbo.

Flaquer, L 1998: **El destino de la familia**. Barcelona, Ariel.

Fonseca, C. 2000. **Família, fofoca e honra: etnografia de relações de gênero e violência em grupos populares** . Porto Alegre, Ed. Universidade/UFRGS,.

Giddens, A. 2000. **La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas**. Madrid. Cátedra.

Programa de Estudios sobre Población y Trabajo. Equipo familia. **2003 Cambio familiar, razones domésticas y prácticas cotidianas**. Presentado en IX Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia. Córdoba.

- Hareven, T. 1995. "*Historia de la familia y la complejidad del cambio social.*" en **Boletín de la Asociación de Demografía Histórica**; XIII; 1;
- Heller A. 1977. **Hipótesis para una teoría marxista de los valores.** Barcelona. Grijalbo. 1974. / Sociología de la vida cotidiana, Barcelona, Península.
- Jelin, E. 1998. **Pan y afectos. La transformación de las familias.** Buenos Aires. FCE
- Kelly, J.1984; **Women, history and theory.** Chicago, University of Chicago Press.
- Kristeva, Julia 1993 "*Acerca de un destino luminoso de la paternidad: el padre imaginario*". En "*Niñez y adolescencia*". **Revista Psicoanálisis**, APdeBA., Vol. XV, N°1.
- Laulliot Paul, 1977: **Pour une histoire du quotidienn au XIX siècle en Nivernais**, Paris y La Haya, Mouton.
- Liernur, J. F., 1997 "*El nido de la tempestad. La formación de la casa moderna en la Argentina a través de manuales y artículos sobre economía doméstica (1870-1910)*". en **Entrepasados** N° 13.
- Nari, M. 2000. "*Maternidad, política y feminismo*" en: Gil Lozano, F.; Pita, V. S. y Ini, M. G.; **Historia de las mujeres en Argentina**; Taurus; Bs. As.
- Sautu R. (comp.); 1999. **El método Biográfico. La reconstrucción de la sociedad a partir del testimonio de los actores**, Buenos Aires. Editorial de Belgrano.
- Scott, J.; "*El género: una categoría útil para el análisis histórico*" en M. Navarro y C. Stimpson (comp.)1999; **Sexualidad, género y roles sexuales.** Bs. As., FCE .
- Segalen, M., 1992 **Antropología histórica de la familia.** Madrid. Taurus.
- Sztompka, P. 1995 **Sociología del cambio social.** Madrid, Alianza.
- Torrado, S. 2003 **Historia de la familia en la Argentina Moderna (1870-2000).** Buenos Aires, Ediciones de la Flor.
- Touraine A y F. Khosrokhavar; 2002. **A la búsqueda de sí mismo. Dialogo sobre el sujeto.** Buenos Aires. Paidós.
- Villar, D.; M. H. Di Liscia y M.J. Caviglia; 1999. **Historia y género. Seis estudios sobre la condición femenina.** Buenos Aires. Biblio.
- Wainerman, C. (comp.) 2002: **Familia, Trabajo y Género. Un mundo de nuevas relaciones.** Buenos Aires. UNICEF. Fondo de Cultura Económica.
- Zizek, S.; 2001. **El espinoso sujeto.** Buenos Aires, Paidós.